

CARLOS BLANCO RIBERA, *Mi contribución a la epopeya cristera. Una época terrible y tormentosa*, Guadalajara, Asociación Pro-cultura Occidental, 2002, 345 pp. s. ISBN.

El autor de las presentes memorias fue un destacado general cristero que operó principalmente en los Altos de Jalisco entre octubre de 1927 y junio de 1929, periodo en el que la fase militar de la Cristiada fue más intensa. Pertenecía a una generación que desde la adolescencia presencié, o mejor dicho sufrió, la “fiesta de las balas” de la revolución mexicana y la persecución religiosa que se desencadenó sobre los católicos mexicanos. Así, el 8 de julio de 1914 cuando tropas carrancistas entraron a Guadalajara, Carlos Blanco —de 16 años de edad— y sus compañeros del colegio de los Hermanos Maristas, donde se hallaban jugando frontón, fueron encarcelados e incomunicados durante cuatro días por “el delito de estudiar en un colegio católico”.

Carlos Blanco escribió sus memorias a principios de los años sesenta, las que preparó con muchos años de anticipación escribiendo notas que luego le permitieran sistematizar sus ideas en un volumen autobiográfico. Y cinco años antes de su muerte, acaecida en 1983, pidió a su familia que se encargara de su publicación. Promesa que sólo pudo ser cumplida en 2002.

Las memorias de Blanco son muy valiosas no sólo porque se trata de un importante general cristero, sino porque dada la amplia cultura del autor —que estudió ingeniería y participó intensamente en los círculos culturales jaliscienses de la época— permiten asomarse con una agudeza poco usual a diferentes ángulos del orden social con el que soñaban los católicos de las décadas de 1910-1920, así como la manera en que éstos últimos veían al que querían imponer las facciones revolucionarias.

Dado que la historia no es sólo lo que pasó, sino lo que ocurrió en el contexto de lo que también podría haber ocurrido, Blanco inicia sus memorias señalando que la historia de los cató-

lieos mexicanos y su relación con la Revolución hubiera podido ser diferente si Rafael Ceniceros y Villarreal —futuro presidente de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa (LNDLR), fundada en 1925—, en su carácter de gobernador de Zacatecas e influyente miembro del Partido Católico Nacional durante el periodo maderista, hubiera aceptado la invitación de Venustiano Carranza para “que lo acompañara en la rebelión contra Victoriano Huerta” y firmara el Plan de Guadalupe. Sin embargo, se lamenta Blanco, no hubo tal acuerdo “y los líderes del partido de los católicos permanecieron retraídos como apoyando o avalando las militaradas [*sic*] del usurpador”. Ello revela, “la clásica e irremediable miopía de los católicos mexicanos que nos hemos metido a políticos” (pp. 40-41).

Dado el alto conservadurismo de la sociedad jalisciense, la forma en que la Revolución irrumpió en ella durante la década de 1910 es mediante una oleada de encarcelamientos de sacerdotes, so pretexto de “conspiración y ocultación de armas”; incautación por tropas civiles y militares de los bienes encontrados en los templos; imposición al clero de “un préstamo de cien mil pesos en oro”; destierro de monjas; cierre de escuelas e institutos de enseñanza católicos (pp. 50-51).

Activando las organizaciones parareligiosas que ya existían y creando otras nuevas, los católicos trataron de reorganizarse y emprender una serie de estrategias pacifistas para no dejar sin respuesta el desafío que les lanzaba el Estado emergente, en su búsqueda por afianzarse sobre la conciencia de las poblaciones rural y urbana, lo que inevitablemente representaba enfrentar a la Iglesia católica. Blanco pasó revista de manera detallada, al modo en que funcionaban esas organizaciones, especialmente en las que él participó en Jalisco: la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM, creada en 1913); la Unión Popular (1921), en la cual confluía el sindicalismo católico; la Unión de Católicos Mexicanos (1920), organización clandestina mejor

conocida como la "U", que sería muy importante para preparar la rebelión cristera en Jalisco y Michoacán; la "Swástica" (1923), organización clandestina que encabezaba René Capistrán Garza y con la que más se identificaba Blanco.

Ante el cierre de escuelas católicas, la necesidad de saber y de cultura que sentía la juventud católica jalisciense intentó ser llenado con conferencias dominicales que se desarrollaron por espacio de diez años, organizadas por la ACJM. Ello permitió a los católicos, opina Blanco, tener "una noción adecuada sobre los problemas religiosos y sociales de la época y nos formaron dentro de un clima intelectual de gran valor, como no se ha visto igual antes ni después en la Juventud de México". Y no hubo problemas internacionales (revolución rusa, lucha de católicos irlandeses, alemanes o franceses) o nacionales (cuestión agraria, obrera, educativa y religiosa) "que no fueran abordados y examinados en estas conferencias y que no dieran motivo para discusiones movidas caldeadas y agotadoras" (p. 85). Por todo ello, agrega, la ACJM fue "la fragua" en que los jóvenes formaron su carácter y cultura que los preparó para la etapa de resistencia de la década de 1920, tanto la civil como la militar. Las memorias muestran el modo en que toda esta experiencia libresca sobre el arte de las resistencias política y militar, permitieron a una generación pasar del activismo político a la rebelión armada de los años veinte.

Marchas y mítines para protestar contra varios decretos anticlericales en Jalisco; enfremamientos con la policía; guardias armadas para proteger al arzobispo de Guadalajara, quien había sido víctima de varios atentados. Éstas son, opina Blanco, "algunas de las pequeñas guerras" que iban preparando en disciplina a los "futuros cristeros". Asimismo, agrega, la rebelión delahuertista (1923-1924), permitió a algunos líderes católicos que se sumaron a ella incursionar en la "lógica militar". Tal fue el caso de Blanco y de Jesús Degollado Guízar —quien a la muerte de Enrique Gorostieta se convirtió en el general cristero más importante.

Las memorias ilustran que la sociedad católica jalisciense no desaprovechaba cualquier oportunidad para desafiar el dominio del grupo revolucionario encabezado por Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles. Así, tras haberse comprometido con el delahuertismo, en las elecciones presidenciales de 1924 brindan su apoyo al principal competidor de Calles, el general sinaloense Ángel Flores.

En vísperas del alzamiento cristero, Blanco fue comisionado por Miguel Palomar y Vizcarra —vicepresidente de la LNDLR— para viajar a Estados Unidos de América (marzo de 1926) e informar a los obispos católicos estadounidenses de la situación que guardaba el “conflicto religioso”, así como para procurar su apoyo. Sin embargo, el alto clero mexicano, considera el autor, buscó bloquear toda ayuda del exterior a los cristeros.

Blanco da cuenta también del proceso que separó a los bastiones jaliscienses de la LNDLR, a la que veían como una organización “capitalina”. La ruptura de René Capistrán Garza con la liga (abril de 1927) —detrás de la cual se observa la mano del grupo michoacano de la “U”— aleja gradualmente también a Blanco de ella. No obstante, ello no fue obstáculo para que en octubre de 1927, Enrique Gorostieta lo nombrara general brigadier de Los Altos de Jalisco. Un año más tarde estallarían serias diferencias entre ambos sobre el modo de manejar la guerra cristera.

Blanco afirma que propuso al alto mando de la liga una reorganización de los dispersos grupos rebeldes y que ello no fue del agrado de aquélla. A partir de ese momento, varios jefes cristeros como Lauro Rocha o Gorostieta —a quienes presta mucha atención el historiador Jean Meyer—<sup>1</sup> empezaron a desacreditarlo.

---

<sup>1</sup> Jean MEYER, *La Cristiada*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1997, vol. I, pp. 82-83, afirma que la eliminación de Capistrán Garza provocó la hostilidad de buen número de miembros de la ACJM hacia Gorostieta. “La liga, que desconfiaba de él, lo había rodeado de un Estado Mayor de la ACJM. Muchos fueron pronto seducidos por su personalidad

Blanco confiesa que él nunca ocultó su malestar por el nombramiento de Gorostieta como jefe militar del movimiento cristero. Para Blanco los males del catolicismo en México y en el mundo obedecían al ascenso del liberalismo: “Cuando los liberales trataron de sustituir el orden público antiguo por uno moderno, que consideraban mejor, lanzaron al mundo la idea de una libertad sin freno, y esta idea destructora de toda sociedad no tardó en sobrepasar los límites que se le asignaron”. Por ello, para liberales como Gorostieta incorporados al “Cristerismo” militante no podía existir un conflicto religioso en el “choque de fuerzas que estalló de 1926-1929, sino solamente un choque político que bien podían utilizar para sus fines personales”. De ahí, afirma, que nunca haya dejado de oponerse a Gorostieta. Acción que le valió ser tachado como “indisciplinado”, “faccioso” e “intrigoso”. Pero su intriga, aduce Blanco, consistió en expresar al comité directivo de la liga en abril de 1928 que Gorostieta “nos mataría a todos aquellos cristeros que opináramos en contra de sus opiniones liberales y de sus métodos, como ocurrió a Victoriano Ramírez, el Catorce, al coronel Jesús de la Torre, pariente de [Luis] Anaya y a algunos otros” (p. 316).

Al finalizar la Cristiada, Blanco tuvo que exiliarse en la ciudad de México y durante siete años no dejó de estar estrechamente vigilado y hostigado por las autoridades federales. Tensión que le provocó, en los años cuarenta, una “psicosis aguda” y a su esposa una “lesión en el corazón” (p. 218).

En suma, las memorias de Blanco son un valioso testimonio para entender que el bloque católico era un sistema de interacción complejo en el que encontramos intensas rivalidades: por el

---

[...] pero otros no cedían y decidieron seguir a Carlos Blanco y a Luis Anaya, que organizaron un movimiento militar independiente en el oeste de Jalisco y en Nayarit. La Liga era responsable de esa crisis, ya que había nombrado a Carlos Blanco jefe de Occidente.”

liderazgo en el interior de la liga; entre ésta y las organizaciones regionales; pugnas que dividían a jefes militares; oposiciones entre “ligueros” y alto clero; conflictos entre seglares que apoyan la violencia y los que se oponían a ella (como Los Caballeros de Colón y La Asociación de Damas Católicas). Se trata de un bloque católico en el que hay distintas apuestas de juego ante la forma de resolver lo que llamaban “la cuestión religiosa”. Blanco en sus memorias nos dice cuál fue la suya.

Enrique Guerra Manzo

*Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco*

JULIO MORENO, *Yankee Don't Go Home!, Mexican Nationalism, American Business Culture, and the Shaping of Modern Mexico, 1920-1950*, Chapel Hill, N. C., University of North Carolina Press, 2003, «The Luther Hartwell Hodges Series, on Business, Society and the State», 321 pp. ISBN 0-8078-5478-6

Si entre las décadas de los años veinte y treinta se dio un enfrentamiento continuo entre el nacionalismo revolucionario mexicano y la expansión del capitalismo comercial estadounidense; en el decenio de los cuarenta, este enfrentamiento se diluyó por la penetración a gran escala de la “cultura del negocio” y el intervencionismo capitalista del vecino país, en una especie de apertura mexicana relacionada con la disponibilidad y recepción de la modernidad capitalista, especialmente, vinculada con la distribución y el consumo. El tránsito de una situación de enfrentamiento involucró a la política diplomática entre Estados Unidos y México, mediada considerablemente por los intereses comerciales de grandes empresas, como Sears, que desarrollaron una política de penetración que, además, fue una mezcla y la expre-